

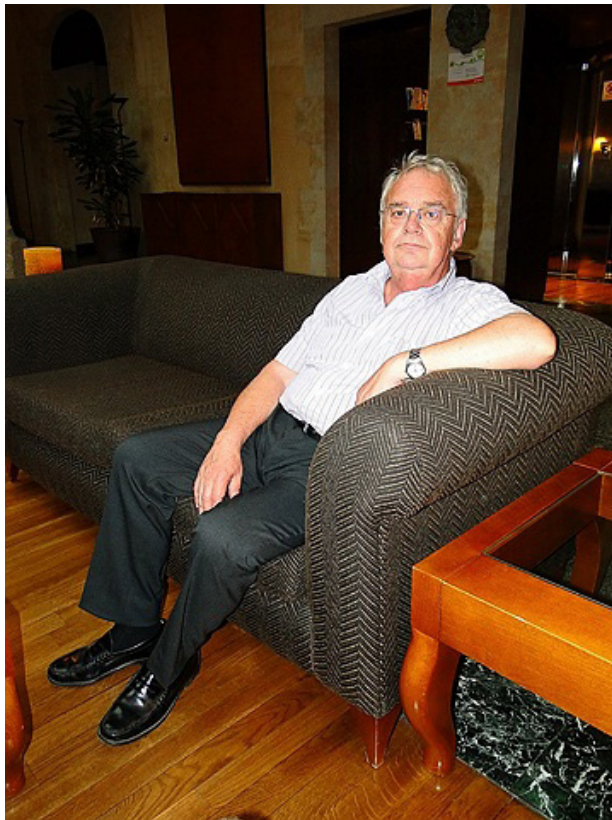
IN MEMORIAM BALTASAR CUART

José Ignacio FORTEA PÉREZ

Universidad de Cantabria
jose.fortea@unican.es

Empiezo a escribir estas líneas al poco de haber recibido la triste e inesperada noticia del fallecimiento de nuestro amigo y colega Baltasar Cuart Moner. Baltasar ha muerto de forma dolorosamente repentina en su Mallorca natal, cuando ya preparaba su vuelta a Salamanca tras el obligado paréntesis del Covid. Tenía prisa por recuperar su investigación cotidiana en el archivo y en la biblioteca de la Universidad donde trabajó de forma metódica y continuada durante tantos años y con cuyo personal, con su directora, Margarita Becedas, a la cabeza, se sintió siempre tan vinculado.

Fue en 1965 cuando Baltasar inició sus estudios en una Universidad en cuyo claustro se contaban por entonces figuras inolvidables en el panorama de las



humanidades y de las ciencias sociales contemporáneas de este país. Para un alumno intelectualmente despierto y lleno de ganas de aprender, como era Baltasar, era realmente todo un lujo contar en los años «comunes» de los antiguos planes de estudios de las Facultades de Filosofía y Letras con el magisterio de personalidades tan relevantes como las de Miguel Artola, Ángel Cabo, Marcelino Legido, Cirilo Flórez, Martín Sánchez Ruipérez, Manuel Díaz, Ricardo Senabre o Lázaro Carreter en los campos de la Historia, de la Geografía, de la Filosofía, de los Estudios Clásicos o de la Lengua y Literatura Españolas. Después, ya en la especialidad, se añadieron a ese plantel otros historiadores de tanto renombre como nuestro común maestro, Manuel Fernández Álvarez, José María Blázquez, Francisco Jordá o José Luís Martín. Estimulante resultaba también la presencia en otras Facultades de figuras tan relevantes como las de Francisco Tomás y Valiente o Gloria Begué Cantón. Por entonces terminaba asimismo sus estudios, o estaba a punto de hacerlo, una joven generación de historiadores, que no tardaría mucho en hacerse un hueco importante en sus respectivas especialidades. Me refiero a Paulino Iradiel, a Pablo Fernández Albaladejo, a Valentín Cabero, a Javier Fortea o a Benjamín González Alonso, con algunos de los cuales Baltasar mantuvo muy fructífera relación amistosa o profesional a lo largo de su vida.

Por ser hombre extraordinariamente apegado a su familia y a sus amigos, no quiero tampoco dejar de mencionar a sus compañeros de promoción, de vivencias o de trabajo, empezando por Julio Sánchez Gómez y, su mujer, María Amalia, con los que le unían su amor a Sevilla, su pasión por los viajes y su gusto por las óperas en el Teatro de la Maestranza. Pero eran otros muchos los compañeros, dentro y fuera de Salamanca, con los que Baltasar compartió durante años los trabajos y los días y con los que mantuvo una relación de profunda amistad y compañerismo que supo mantener a lo largo de toda su vida. La lista es larga y la que puedo ofrecer aquí es, sin duda, incompleta, pero no puedo dejar de mencionar a Marisa Guadalupe, Olga Lamas, Juan José Coy, José María Mínguez, Gregorio Hinojo, Manuel Redero, Jaime Pinilla, Carlos Fernández Corte, Domingo Montero, Teresa Barrientos, Salustiano Moreta, Ana Agud, Salustiano de Dios, Julio López Aparcero y su mujer María José García Barrado o a Esperanza Santos Melero y Rafael Mateos. Tampoco he de olvidar a la generación más joven, que hoy ha tomado el relevo de sus mayores en las aulas salmantinas, y a las que Baltasar ayudó a formar como historiadores con su docencia y con el ejemplo de sus investigaciones. Me refiero a José Carlos Rueda, a José Luís de las Heras, a Ana Carabias, a Javier Lorenzo Pinar o a Jacinto de Vega. Tampoco puedo ignorar a los demás miembros del Departamento y a su secretaria Yolanda López Bermejo, a los que siempre dio prueba de su compañerismo y de su afán de colaboración. Por lo demás, sus asiduas colaboraciones en los seminarios, proyectos de investigación y publicaciones de la Universidad de Cantabria cimentaron también una excelente relación profesional y de amistad personal con Juan Gelabert o con Roberto López Vela.

Salamanca ofrecía, desde luego, muchos incentivos intelectuales para quien estuviera dispuesto a aprovecharlos. Obviamente, la Academia no lo es todo. También la vida es maestra de múltiples enseñanzas y a este respecto los años que le tocó vivir a Baltasar en Salamanca, como a todos los que coincidimos con él en esa época, no pudieron ser más intensos. Era el tiempo del final del franquismo, el de la transición política, el de la expansión de la Universidad y el de la eclosión en ella de los llamados PNNs (Profesores No Numerarios), uno de los soportes fundamentales de la actividad académica en esos años. ¿Cómo olvidar, entonces, el sinfín de reuniones, de asambleas y de interminables discusiones sobre la universidad, el cine, la literatura, el arte, la política o la música que tanto proliferaron en aquellos tiempos? Recuerdo con especial cariño las que manteníamos sobre cualquier tema, especialmente los políticos, con Abel Mariné, por entonces catedrático de Bromatología en Salamanca, y con su mujer, Nuria, amigos entrañables con los que conservó siempre una estrecha amistad. Había, por tanto, muchos ámbitos en los que Baltasar podía hacer notar su presencia, siempre estimulante, que se imponía por sí misma, simplemente por la humanidad que transmitía y por su forma de ser y de comportarse. Para empezar, no era, ciertamente, frecuente encontrarse en aquellos años, en el extremo occidental de los antiguos Reinos de Castilla y León, con alguien que viniera a estudiar a Salamanca desde la lejana isla de Mallorca, de la que, para gran asombro y no poca envidia nuestra, sus compañeros de promoción, siempre contaba anécdotas sobre artistas famosos con los que podías cruzarte en las playas de Andratx, o de aristócratas ingleses que vivían por los alrededores en hermosas villas y cuya singularidad llegaba al límite, según contaba, de que fueran capaces de leer a Homero en griego y de comentarlo en latín. Rara habilidad esta de cuya dificultad fuimos pronto conscientes por la costumbre de alguno de nuestros profesores de sacarnos a la pizarra —y él, por alguna razón ignota, figuró siempre entre los más asiduamente convocados— a hacer traducciones inversas, del castellano al griego.

Baltasar se imponía también por su preparación cultural. Siempre fue un hombre extremadamente culto, cuyos conocimientos hacía aflorar de forma cotidiana, pero sin ningún tipo de afectación. A lo largo de su vida fue capaz de acumular una erudición decimonónica y de mostrar una curiosidad intelectual inagotable. Lector infatigable y gran conversador, siempre mostró un interés extraordinario por los clásicos, los antiguos y los modernos, pero también por los autores contemporáneos, ya sea en el ámbito de la literatura, del arte o del pensamiento en general. Vivía la cultura con completa naturalidad, ajeno a cualquier servidumbre ideológica o formalismo academicista. Como los autores clásicos a los que tanto admiraba, su actitud ante la vida y ante su profesión era mezcla de un sano escepticismo y de un muy mediterráneo sentido de la realidad. Baltasar era también una persona provista de un fuerte sentido crítico. Un cierto eco del regeneracionismo noventayochista impregnaba su forma de pensar, lo que, a veces, podía llevarle a formular sus ideas con gran radicalidad. No obstante, siempre sabía envolver sus observaciones con

una fina ironía que las hacía amables, divertidas, brillantes y especialmente convincentes. Era por ello difícil enfadarse con él, por mucho que, de tiempo en tiempo, pudieras discrepar de sus opiniones. A ello coadyuvaba mucho su actitud positiva ante la vida. Conservar la amistad de las personas con las que congeniaba fue para él uno de sus máximos ideales, por lo que siempre la hacía prevalecer sobre cualquier divergencia de pareceres que pudiera surgir. Todo ello explica que su compañía en viajes, debates de cualquier tipo, o en torno a una buena mesa, a lo que, dicho sea de paso, también era muy aficionado, resultara siempre una experiencia notable. Inolvidables fueron, por ejemplo, los viajes que Mariví, mi mujer, también amiga suya y compañera de promoción, y yo hicimos con él durante años por tierras de Castilla y León para descubrir su enorme patrimonio artístico e histórico, o los que emprendimos más tarde hacia Berlín, Praga, el Rin o la Grecia clásica con Julio Sánchez, con María Amalia, con Juan Gelabert y con Carmen Chasco.

Imposible terminar estas líneas sin hacer mención de su trayectoria como docente e investigador, por mucho que sea esta bien conocida por todos. Sus largos años como profesor de Historia Moderna en la Universidad de Salamanca le granjearon una reconocida fama entre sucesivas promociones del alumnado, al que siempre supo inculcar el interés por el uso de las fuentes documentales y artísticas, además de las bibliográficas. Su vinculación con la Universidad de Salamanca en el ámbito de la investigación fue muy intensa a lo largo de toda su vida académica y se mantuvo activa después incluso de alcanzar la jubilación. Licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras de esa Universidad, se doctoró después en la de Bolonia bajo la dirección de Carlo Ginzburg. Su tesis, sobre los colegiales de San Clemente de los Españoles, inauguró una línea de investigación sobre las élites de la alta burocracia de la Monarquía Católica que hizo después extensible a los integrantes de los colegios mayores de Salamanca, sobre todo a los del más emblemático de todos ellos, el de San Bartolomé. La rica y abundante documentación relativa a los expedientes de quienes pretendían acceder a esa prestigiosa institución, tan vinculada a los grandes Consejos de la Monarquía, le permitió encarar la reconstrucción de sus linajes. Pudo abordar con ello, desde una perspectiva novedosa, el estudio con carácter general, de las relaciones entre sociedad, política y universidad y, más en particular, el del problema converso en la Castilla de los siglos XVI y XVII. A ello añadió también su interés por el estudio de la historiografía renacentista, uno de sus campos de investigación preferidos, en donde realizó algunas de sus trabajos más relevantes. Destacan, a este respecto, los que dedicó a las historias locales, como la de Salamanca, debida a Gil González Dávila, o los que hizo sobre historiadores reconocidos a escala europea, como era el caso de Paulo Jovio y su influencia en España, sin olvidar, por supuesto, su ejemplar e importante edición crítica de la *De Rebus Gestis Caroli V* de Juan Ginés de Sepúlveda.

Baltasar Cuart, en definitiva, ha sido a lo largo de su carrera universitaria ejemplo vivo de una forma de historiar honesta, basada, en la línea de la mejor tradición salmantina, en un metódico y profundo conocimiento de las fuentes documentales. El valor de sus aportaciones descansa, sin embargo, en la capacidad que siempre mostró para trascender ese empirismo metodológico con hipótesis generales que pudo formular de forma tan brillante gracias precisamente a su amplia cultura y a su capacidad, de ella derivada, para interrelacionar los distintos aspectos que confluían en los problemas que estudiaba haciendo de ellos interpretaciones más complejas. Solo los historiadores de calidad pueden hacer compatible el oficio del buen artesano que desbroza la materia prima con la que trabaja con la capacidad del creador para generar ideas con las que darle forma. Las investigaciones de Baltasar Cuart caminaron por ese sendero. De sus hallazgos somos todos deudores, sus colegas de profesión, sus alumnos y cualquier persona interesada en un mejor conocimiento de la España del Renacimiento. Pero, ante todo, Baltasar fue siempre a lo largo de su vida buen amigo, gran colega y mejor persona. Ninguno de los que los conocimos y tratamos podremos olvidar nunca su capacidad intelectual, su bonhomía y su amabilidad. Permittedme, por tanto, que en nombre propio y de todos los que lo frecuentaron quiera rendir hoy aquí homenaje emocionado a su memoria. *Vivas in pace.*